

La adoración

La hay cada semana. Fácilmente se llenan los 500 asientos. Y hay asistentes sentados en el suelo. Son unos momentos de amorosa comunicación con Jesús. Ponemos aquí la experiencia de un joven, que de seguro muchos afirmarían que ha sido la suya.

“Se comienza cantando suavemente el canto *Kumbayá*, se continúa cada vez más alto a medida que se acerca el Santísimo. En pocos minutos se crea una atmósfera de gran recogimiento y profunda plegaria. Se cierran los ojos y el corazón se hace más atento a la voz del Esposo divino. Mi corazón comprende que, cuando adoramos la Eucaristía, nos sentimos unidos a Jesús, en un diálogo íntimo, de Padre a hijo, un hijo que se abandona confiadamente en sus manos amorosas.

El canto se da en varias lenguas y la mente recuerda el Hecho de los Apóstoles: *Se pusieron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.*

Entre una lengua y otra se intercalan pausas de silencio y el corazón entra más adentro en el amor de Dios. En aquel momento sientes que todo tu ser está sediento del “agua viva” que Jesús da sin medida y entiendes que es la plegaria del corazón a la que María nos invita incansablemente.

Los instrumentos repiten la melodía del canto y a mi vera una joven empieza a llorar suavemente. Es el Espíritu que nos toca y nos cura en profundidad, allá donde no llega ningún médico. Nos sentimos amados e hijos de Dios. Y he experimentado que en este amor está la plenitud y el sentido profundo de nuestra existencia.

A la luz del Espíritu Santo se me entreabre un mundo nuevo, es decir, empiezo a ver las intervenciones de amor de Dios en mi vida. Como a Pablo se le cayeron las escamas de los ojos y pudo ver, también nuestros ojos advierten los pasos de Dios en nuestra vida.

Sí, delante de Jesús, luz que ilumina, nos damos cuenta que él nos ama siempre. La confianza en él va creciendo. Experimentamos que para él nada de nuestra existencia le es indiferente. El desea ser nuestro amigo y confidente. Nuestra plegaria nunca será repetitiva porque cada día tenemos algo nuevo que confiarle. Hablando con él nuestras dificultades tienen otra dimensión porque no las afrontamos solos. Es Jesús, el Dios omnipotente que está a nuestro lado.

Después de la adoración, la bendición eucarística sella el gozoso encuentro con el Señor. Nos ha llenado de paz y nos envía al mundo para anunciar que él ha resucitado y está en medio de nosotros.

He ahí la fuente de las conversiones en Medjugorje. El corazón caldeado y renovado en el encuentro con el más gran amigo de nuestra vida, que ha querido darnos la Eucaristía para compartir cada momento de nuestra existencia. No podemos menos de exclamar: *Venite, adoremus*”.